

TEATRO CONTEMPORÁNEO.

EL SASTRE DEL CAMPILLO,

PROVERBIO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

J. M. M.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

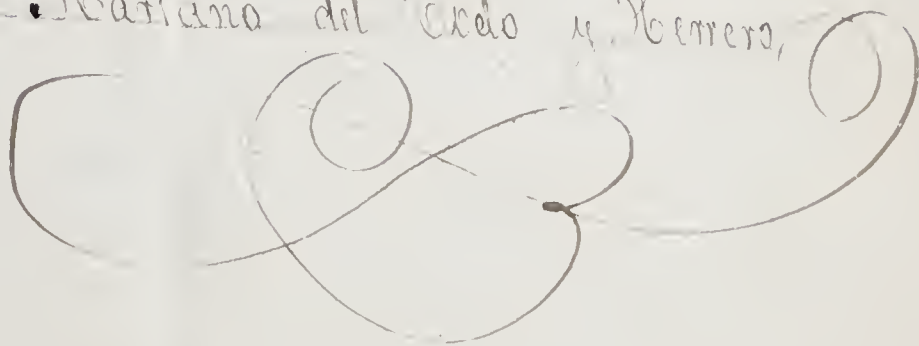
1867.

N.º 120.

EL SASTRE DEL CAMPILLO.

Del Repertorio de Comedias de

Ibarra del Tordo y Herrera,





EL SASTRE DEL CAMPILLO,

PROVERBIO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

Representado por primera vez en el teatro de la Zarzuela el día
26 de Marzo de 1867.



MADRID:
IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1867.

PERSONAJES.

ACTORES.

LUISA.....	SRA. FERNANDEZ.
DON TOMÁS.....	SR. ALISEDO.
FERNANDO.....	SR. MARIO.

La accion en Madrid. Época, la actual.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

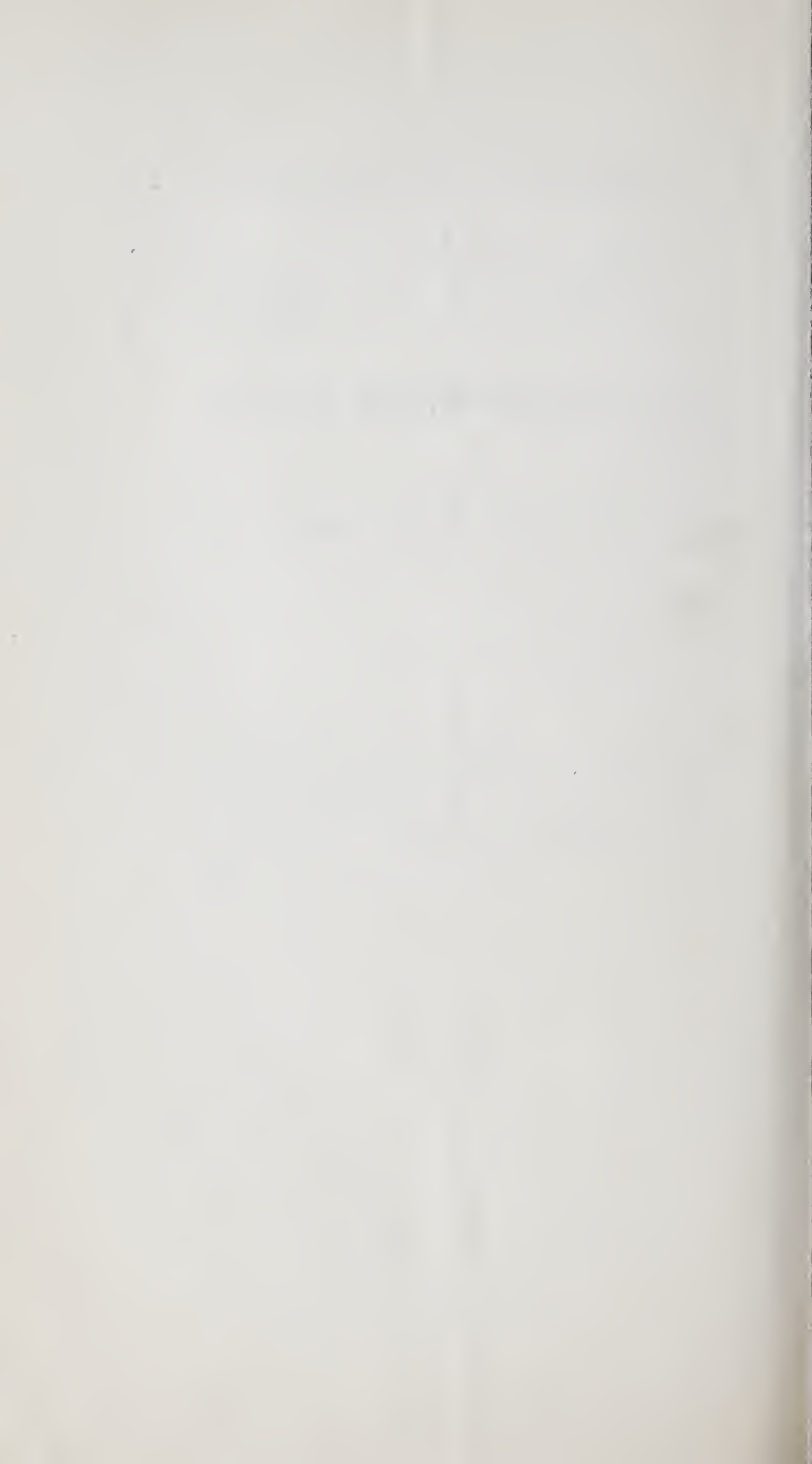
Los corresponsales de la Galeria dramática titulada *El Teatro Contemporáneo* son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

A. F.

Solo V. y yo comprendemos esta inicial. Creo
que basta y sobra.

E. Zamora.



ACTO ÚNICO.

Sala elegantemente amueblada; puertas á la derecha, á la izquierda y al foro.

ESCENA PRIMERA.

D. TOMÁS, FERNANDO.

TOMAS. Conque ya lo sabes.

FERN. Tio,
pero al cabo de sus años?

TOMAS. No tengo mas que cincuenta.

FERN. Largos de talle.

TOMAS. No largos.

No tengo una cana...

FERN. Gracias
al peluquero.

TOMAS. Eso es falso.

FERN. Con esa calva.

TOMAS. Esta calva
es de lo que mas me ufano;
hoy no hay persona decente,
nadie que aspire á ser algo
que tenga pelo.

FERN. Esa voz
la han hecho correr los calvos.

TOMAS. Y por fin, no es un consejo

lo que en tí vengo buscando.

FERN. Yo pensé...

TOMAS. Pensabas mal.

FERN. Corriente. Pues ya me callo.

TOMAS. Nada, he resuelto casarme.

FERN. Pues cásese usted.

TOMAS: Es el caso
que tú ya sabes, sobrino,
el apuro en que me hallo.
Don Agustin Garceran,
que era tu tio y mi hermano,
nos dejó en su testamento
su fortuna para entrambos;
mas como el pobre Agustin
era tan estrafalario,
y en fuerza de previsor
llegaba ya á ser pesado,
viéndote huérfano y niño,
y conociendo mi flaco,
que fué siempre el bello sexo...

FERN. Tiene usted un gusto muy malo.

TOMAS. Al nombrarme tu tutor,
dispuso, para mi daño,
que no pudiera casarme
mientras no te diera estado,
bajo pena de perder
mi herencia, que en ese caso
debía pasar á tí
monda y lironda.

FERN. Lo aplaudo.

TOMAS. Yo no; mientras eras chico,
se comprende el celibato
que mi hermano me imponía
de su pingüe herencia en cambio;
mas hoy que ya eres un hombre
y no has menester cuidados
de nadie, es hasta ridículo
y humillante en alto grado
haber de decir á todos:
«Señores, yo no me caso
porque no puedo, hasta que
logre casar á ese zángano.»

FERN. Gracias.

TOMAS. No hay de qué. Y lo mas peregrino de este caso, es que tú no llevas trazas...

FERN. De qué?

TOMAS. De tomar estado.

FERN. Dios me libre!

TOMAS. No lo digo!
Yo, que lo estoy deseando, para el santo matrimonio te eduqué desde muchacho. No quise darte carrera á fin de que fastidiado de no hacer nada, pensaras casarte por hacer algo. Te llevé á la sociedad desde tus primeros años, por ver si te enamorabas y saliamos del paso. Todo fué inútil. Tu genio es cada vez mas huraño, y huyes del trato de gentes...

FERN. No, tio, no huyo del trato, tengo amigos...

TOMAS. Pero amigas...

FERN. Ni una sola, eso es exacto. En ese mundo á que usted me llevó desde muchacho, he aprendido á conocerlas; las temo mas que al diablo, y procuraré no ser víctima de sus engaños.

TOMAS. Estás errado, sobrino.

FERN. Tio, usted es el que está errado.

TOMAS. Cómo quieres conocerlas si no frecuentas su trato, si solo vas al Casino y á los cafés?

FERN. Sé los chascos que llevan los que las tratan y me propongo evitarlos.

TOMAS. Mas...

- FERN. Las conozco de oídas,
y ya sé que en sus encantos
hay mas peligros que gustos.
- TOMAS. Sobrino, tú eres un vándalo.
- FERN. Bien, seré lo que usted quiera.
- TOMAS. Y lo mas triste del caso,
es que tus extravagancias,
yo, pobre de mí, las pago.
Yo que al sexo en general
puedo decir que idolatro,
y en particular á una
que tiene unos ojos garzos...
- FERN. Sí, como todos los ojos.
- TOMAS. Y una cara...
- FERN. Me hago cargo,
con barba, nariz y frente
y pestañas.
- TOMAS. Y una mano...
- FERN. Es manca?
- TOMAS. Qué ha de ser manca?
- FERN. Nada tendria de extraño.
- TOMAS. Bueno, pero no lo es...
- FERN. Como dice usted una mano...
- TOMAS. Vaya, hombre, pues tiene dos.
Y dos pies...
- FERN. Estoy al cabo,
dos pies, que con otros dos
harán sin remedio, cuatro.
- TOMAS. No se puede hablar contigo.
- FERN. Sí, porque no soy un sandio
que se fia de miradas,
ni hace caso de arrumacos,
ni de labios embusteros,
ni de mentidos halagos,
no se puede hablar conmigo...
- TOMAS. Tienes un alma... de cántaro.
- FERN. Está usted hoy muy galante.
- TOMAS. Pero, ven acá, muchacho.
No ves que si no te casas
yo me miro condenado
per sécula seculorum
á estar soltero?

- FERN. No tanto,
cásese usted y renuncie
á la herencia de su hermano.
- TOMAS. Y me comeré los codos.
- FERN. Coma usted amor.
- TOMAS. Vaya un plato!
- FERN. Aunque alimento ligero,
á muchos se ha indigestado.
- TOMAS. Lo mejor es que tú busques
una mujer...
- FERN. No me allano.
Dios manda huir del peligro,
y yo prudente me aparto
del mayor de los que existen.
- TOMAS. Hombre, cástate, Fernando,
hazme ese favor.
- FERN. Caramba!
Vaya un favor!... No le hago
ni por mi padre.
- TOMAS. Hazte cura,
que al fin ya es tomar estado
y...
- FERN. No tengo vocacion,
tio.
- TOMAS. Llévete el diablo.
- FERN. Y, podré saber á qué
me trae usted aquí?...
- TOMAS. Te traigo
por presentarte á una amiga.
- FERN. Amiga?
- TOMAS. Sí tal.
- FERN. Me escamo!...
- TOMAS. Quiero que la trates y
te convenzas con su trato
de que no son las mujeres
lo que tú te has figurado.
- FERN. Es guapa?
- TOMAS. No ha de ser guapa?
- FERN. Es jóven?
- TOMAS. Veinte y seis años.
Viuda.
- FERN. Mataria al otro

á desazones.

TOMAS. (Qué bárbaro!)

Un talento que se pierde
de vista.

FERN. Ya me hago cargo,
algun culebron...

TOMAS. Sobrino!

FERN. Con mas conchas que un galápago.

TOMAS. Trátala con mas respeto,
y sábetelo, deslenguado,
que es la que ha de ser tu tia,
cuando nos casemos ambos,
qué será cuando tú caigas.

FERN. Ah! Pues entonces va largo.

TOMAS. Quién sabe?

FERN. Y, accede ella
á esperar todo ese plazo?

TOMAS. Accede.

FERN. No me conoce,
y así, tio, no lo extraño.

TOMAS. Ha querido conocerte
y convencerte...

FERN. Ya caigo,
me trae usted aquí por ver
si me rindo á sus engaños,
y si logra persuadirme
de que estoy equivocado.
El plan me parece tonto,
muy digna de usted.

TOMAS. Fernando!

FERN. Y que no hace á esa... señora
mucho favor que digamos.

TOMAS. Ha querido persuadirte
que no es su sexo tan malo
como supones, por ver
si te decides al cabo
á casarte, y á nosotros
tambien nos dejas casarnos.
Y hoy aprovechando yo
tener que venir un rato
para examinar las cuentas
que la da su apoderado,

FERN. he querido presentarte...
Ha perdido usted el trabajo.
Y lo que es esa señora
nos hace estar esperando
que es un gusto.

TOMAS. Ya conoces
que hemos venido temprano,
y que según la doncella
su ama se estaba arreglando
en su tocador.

FERN. Pues digo
que necesita buen rato...

TOMAS. No hay nada más natural.

FERN. Cierto... Se estará pintando.

TOMAS. Ella no se pinta.

FERN. Usted
qué sabe?

TOMAS. Bien lo he mirado.

FERN. No lo dudo, pero como
no ve usted tres sobre un asno.

TOMAS. Por eso llevo quevedos.

FERN. Por cierto que está usted guapo.

TOMAS. Aquí viene...

FERN. Ya era tiempo.

TOMAS. Á ver si te callas.

FERN. Callo.

ESCENA II.

DICHOS, LUISA.

LUISA. Señor don Tomás!

TOMAS. Luisita!

LUISA. Caballero! (Á Fernando. Este la saluda.)

TOMAS. Me he tomado
la libertad de traer
á mi sobrino Fernando,
que hace tiempo deseaba...

FERN. No mienta usted. (Bajo á D. Tomás.)
(Mentecato!)

LUISA. Don Tomás, usted es muy dueño,
y yo en ver me satisfago

honrada por el señor
mi casa.

TOMAS. Él es el honrado
y el venturoso, el alegre,
el... (Vamos, chico, dí algo.)
(Bajo á Fernando.)

FERN. Mi tio quiso traerme,
y aunque poco aficionado
á visitar á señoras,
accedí...

TOMAS. Calla, Fernando.

LUISA. Por qué ha de callar? Yo gusto
de los caracteres francos.

FERN. Tiene usted razon, señora.

TOMAS. Hay franquezas, sin embargo...
pues!... franquezas... por ejemplo,
como la de este muchacho,
que le encaja á uno una fresca
y se queda preparado
para otra, que es mayor
si cabe y si llega el caso.

LUISA. Es propio de hombres leales
decir lo que piensan.

TOMAS. Vamos,
si usted así le defiende
me confieso derrotado.

FERN. Hace usted bien.

TOMAS. Si usted gusta (Á Luisa.)
voy á examinar despacio
aquellas cuentas.

LUISA. Corriente,
las he dejado en mi cuarto.
(Indicando la puerta por donde salió.)

TOMAS. Pues, con permiso de usted...
Aguárdame aquí, Fernando.
Convénzalo usted. (Bajo á Luisa.)

LUISA. (Id. á Tomás.) Veremos. (Váse D. Tomás.)

FERN. (Pues no es fea.) (Mirando atentamente á Luisa.)

LUISA. (Y es simpático.)
(Despues de mirar á Fernando.)

ESCENA III.

LUISA, FERNANDO.

LUISA. Quiere usted crecer? (Sentándose.)

FERN. Señora
no estoy á fé descontento
con mi estatura.

LUISA. En tal caso
síntese usted.

FERN. Ya está hecho.
(Sentándose. Pausa.)

LUISA. Su conversacion de usted
es agradable en extremo.

FERN. Hola! Es usted epigramática?

LUISA. Si se ofende...

FERN. No me ofendo. (Pausa.)

LUISA. Hace mucho frio.

FERN. Mucho.

Y es natural. En enero
no habia de hacer calor.

LUISA. Lo mismo digo.

FERN. Me alegro. (Pausa.)

LUISA. Pasea usted con frecuencia?

FERN. Si tengo gana, paseo,
y si no, me estoy en casa
ó en el café.

LUISA. Lo comprendo. (Pausa.)

FERN. (Si no viene pronto el tío
me parece que me duermo.)

LUISA. Ya me ha dicho don Tomás
que tiene usted de mi sexo
una opinion... medianilla.

FERN. Menos que mediana.

LUISA. Menos?

FERN. Señora, dispense usted,
mi tío es muy majadero
en traerme á visitarla
conociéndome y sabiendo
que yo no sé contenerme
y que digo lo que pienso.

LUISA. Qué importa?

FERN. No se me esconde
que mi lenguaje...

LUISA. Es sincero, {
y á mí la sinceridad
no me parece un defecto.

FERN. Bueno, si usted se conforma.

LUISA. Sí tal. Yo quiero que hablemos
como dos amigos.

FERN. Bravo!

LUISA. Que me trate usted deseo
como si fuera un muchacho
lo mismo que usted.

FERN. Me alegro.

LUISA. Y en lugar de hablar de toros
ó teatros, hablaremos
de la mujer, ¿acomoda?

FERN. Sí señora.

LUISA. Lo celebro

FERN. (Decía mi tío bien,
tiene esta mujer talento.)

LUISA. Usted dice que las odia.

FERN. Oh! no...

LUISA. Y el trato?

FERN. En efecto.

Señora, las abomino
y las odio y las execro:

LUISA. Así me gusta. Y por qué?

FERN. Porque sí.

LUISA. No es argumento
de gran fuerza, á la verdad.

FERN. Si no es razón, es un hecho.

LUISA. Pero, qué le han hecho á usted?

FERN. Á mí nada, porque tengo
un particular cuidado
en verlas solo de lejos.

LUISA. De veras?

FERN. Sí.

LUISA. Conque usted!...

FERN. Paso los años enteros
sin hablar á una señora.

LUISA. Qué original! (Y no es feo.)

FERN. He aprendido á conocerlas
en la multitud de ejemplos
que la sociedad ofrece.

LUISA. Pues corre usted un gran riesgo.

FERN. Un riesgo?

LUISA. El de enamorarse.

FERN. Yo?

LUISA. Usted.

FERN. Seguro estoy de ello.

LUISA. En cuanto hable usted á una.

FERN. Es posible, mas no pienso
hablar á ninguna.

LUISA. No?

Pues yo, qué soy?

FERN. En efecto.

Pues no habia yo caido
en que usted es de ese gremio.

LUISA. Ve usted?

FERN. Y bastante guapa.

LUISA. Mil gracias.

FERN. Y con talento. (Levantándose.)
Con el permiso de usted...

LUISA. Se marcha usted?

FERN. Y no vuelvo.

LUISA. Venga usted acá, cobarde.

FERN. Cobarde? (Volviendo.)

LUISA. El que huye...

FERN. Es cierto.

(Sentándose con resolucion.)

Ya me tiene usted aquí
y no crea que la temo...

LUISA. Así deseo yo verle.

FERN. Bien, pues ya me está usted viendo.

LUISA. Usted se casará pronto.

FERN. Yo casarme? Antes me pego
seis tiros con un revolver
que compraré para eso
hoy mismo.

LUISA. Pues si le compra,
va usted á perder el dinero.

FERN. Yo casarme? Para qué?

LUISA. Para ser dichoso.

EERN.

Cierto.

Para aguantar los caprichos
y los ataques de nervios
y los dengues de una niña
que me llevara al paseo,
para enseñarme allí á todas
sus amigas de colegio
como diciendo: «Qué tal?
Mirad. Yo he pescado esto.»
Y que cuando ya se canse
de exposicion y paseo
se quede en casa, y reciba
á ese primo coracero
que tienen todas ustedes,
y las gentes al saberlo
cuando pase por la calle
me señalen con el dedo.
Para aguantar diez chiquillos
rabiosos, gordos y puercos,
que me rompan la cabeza
con sus gritos y sus juegos,
que no me dejen un mueble,
ni un papel, ni un libro bueno,
y que siempre esten llorando
unas veces por enfermos,
otras por no ir á la escuela
otras porque se cayeron,
otras porque se pegaron
y otras por armar estruendo.
Y como si no bastase
sufrir sobre todo esto,
dos nodrizas asturianas
de descomunales cuerpos,
golosas, bestias y sucias
que me quiten el pellejo
si á oponerme á sus desmanes
en una ocasion me atrevo.
Y entre mi mujer y el primo,
los chiquillos y los suegros
y las nodrizas, conviertan
mi morada en un infierno,
y yo acabe en el hospicio,

Leganés ó el Saladero.
No señora. Dios me libre
de pensar en himeneo,
y el buey suelto bien se lame,
y yo quiero ser buey suelto.

LUISA. El cuadro que usted ha pintado
no es en verdad halagueño,
mas no son en él iguales
la exactitud y el gracejo.

FERN. Cómo que no?

LUISA. No señor.

FERN. Yo creí...

LUISA. Y aun suponiendo
que todo eso fuera exacto,
que no lo es, en mi empeño
no he de ceder de mostrarle
las ventajas de himeneo,
que si tiene un lado malo
tambien tiene muchos buenos.

FERN. No ha estado usted enfermo nunca?
Sí señora, de pequeño
tuve el sarampion.

LUISA. Quisiera
que hubiera usted estado enfermo
despues.

FERN. Pues gracias á Dios
nunca lo he estado y me alegro.

LUISA. Tambien yo, aunque su salud
me priva de un argumento.

FERN. Pues nada, busque usted otro.

LUISA. Y lo encontraré diciendo
que esos chicos que alborotan
y cometen mil excesos,
con infantiles caricias
saben pagar los desvelos
que cuestan.

FERN. Sí, lo que saben
es tirarle á uno del pelo
ó ponerle las manitas
sobre algun pantalon nuevo
y dejarle dos manchones
que no hay quien los quite luego.

LUISA. Y cuando crecen y son
tal vez hombres de provecho,
y en servicio de su patria
ganan honores y premios,
parece que aquella gloria
se refleja sobre el viejo
que dió el ser al que la gana
con su sangre ó con su ingenio.

FERN. Ó le da al niño por ser
jugador ó pendenciero,
y va á casa sin un cuarto,
ó le rompen algun hueso.

LUISA. Si los hijos son la gloria
y alguna vez el sustento
de los que le dieron vida,
las hijas con su embeleso,
la alegría de su casa,
el sol que alumbra su invierno.

FERN. Menos cuando se enamoran
aunque sea del cartero,
y un día desaparecen
y si te ví no me acuerdo.

LUISA. La mujer...

FERN. Vamos á ver
cómo aguza usted el ingenio
para conseguir que yo
crea que lo blanco es negro.
Escucho.

LUISA. Paso por alto
lo del primo coracero,
que es una vulgaridad
indigna de su talento.
No todas, créame usted, (Levantándose.)
tienen ataques de nervios,
ni son todas caprichosas,
ni todas van al paseo
para enseñar al marido
como si fuera un objeto
curioso. Hay muchas, muchísimas
que con incansable celo
se ocupan de sus quehaceres,
que observan el juramento

de amar á su esposo, y tienen
por el placer mas supremo
satisfacerle, si logran
adivinarle un deseo.

Si algunas derrochan, otras
hay que, á fuerza de desvelos,
logran hacer del marido
fructíferos los esfuerzos,
y labran una fortuna
que dar á sus pequeñuelos
el hombre con su trabajo
y la mujer con arreglo.

No pocas hay que descansan
del afan de un dia entero,
velando toda la noche
al lado de un hijo enfermo.
Y si la fortuna esquiva
muestra al esposo su ceño
y pierde salud y bienes,
halla en su mujer consuelo,
que si llora sus desgracias
sabe llorar en secreto,
y dar tal vez al marido
nuevo aliento con su aliento.

Y qué pide la mujer
en cambio de todo esto?
Una sonrisa, una frase
dejan su afan satisfecho,
pues la mujer es un niño
que con poco está contento.

ERN. Habla usted con elocuencia;
pero yo no me convenzo.

UISA. Créame usted, las virtudes
de los hombres hallan eco
en el mundo, y así todos
les dan del aplauso el premio.

Las nuestras son sacrificios
que nadie llega á saberlos,
y si quieren recompensa
han de buscarla en el cielo.

ERN. Todo eso está muy bien dicho,
mas yo á mi refran me atengo,

- el buey suelto bien se lame,*
y yo quiero ser buey suelto.
- LUISA. Lástima me causa oírle.
- FERN. Y por qué?
- LUISA. Porque comprendo
que no habrá tenido madre
quien habla así de mi sexo.
- FERN. Señora, usted me ha tomado
por alguna seta?
- LUISA. Creo
que á tener madre no hablara
de ese modo, porque pienso
que no quisiera ofenderla.
- FERN. Y por ventura la ofendo?
- LUISA. La tiene usted?
- FERN. No señora;
murió siendo yo pequeño;
no era mujer, era un ángel,
y por eso se fué al cielo.
- LUISA. Y dígame usted... tenía
tambien ataques de nervios?
- FERN. No lo sé.
- LUISA. Y era tambien
caprichosa y de mal genio?
- FERN. Lo ignoro.
- LUISA. Yo no. Me consta
por los que la conocieron,
que toda su vida fué
de amor y virtud modelo.
- FERN. Tiene usted un modo, señora,
de presentar argumentos,
que hará llorar á cualquiera
si no logra convencerlo;
y, por Dios, que yo estaré
bonito haciendo pucheros.
- LUISA. Usted tiene corazon.
- FERN. Es claro.
- LUISA. Y lo tiene bueno.
- FERN. Usted qué sabe?
- LUISA. Lo sé
porque en su rostro lo veo.
- FERN. Que lo vé usted en mi rostro?

- LUISA. Sí, y en él estoy leyendo
que está, por lo que antes dijo,
confuso en este momento;
que de su odio se arrepiente...
- FERN. Le diré á usted .. Lo que es eso...
- LUISA. Y se siente avergonzado
de sus ruines pensamientos.
- FERN. Señora, puede que acaso
haya logrado su ingenio
vencerme, no convencerme:
puede tambien, no lo niego,
que usted tenga la razon
y yo sea un majadero;
pero sea como quiera,
yo en mis trece me mantengo.
La mujer es un... me callo.
- LUISA. Hable usted, yo se lo ruego.
- FERN. Usted misma, que parece
un angelito, un portento,
un ser espiritual,
admite los galanteos
de mi tio, que es un facha,
tonto, ridículo y viejo,
y será usted muy capaz
de casarse con él.
- LUISA. Ciertó;
ó con otro que no tenga
ninguno de esos defectos.
- FERN. Con otro?
- LUISA. Yo nunca he dicho
á don Tomás que le quiero.
- FERN. Pues él piensa...
- LUISA. Acaso él
tomó por amor mi aprecio.
- FERN. De veras, no le ama usted?
- LUISA. De veras.
- FERN. Cuánto me alegro!
- LUISA. Por qué?
- FERN. Por nada...
- LUISA. Por nada?
- FERN. Creo que está usted mintiendo.
(Yo me siento mareado.)

- Señora, yo nunca miento.
- LUISA. Yo solo me casaré
con quien me inspire ese afecto,
que es el mas santo y mas puro
de todos los sentimientos.
- FERN. Qué guapa es usted, señora!
- LUISA. Bromista!
- FERN. No me chanco.
- Conque usted se casará?...
- LUISA. Solo por amor.
- FERN. (Yo tiemblo...)
- LUISA. (Con intencion.)
Y aunque sea un poco raro,
y aunque aborrezca á mi sexo...
á fuerza yo de cariño
corregiré sus defectos.
- FERN. (Yo no sé lo que me pasa.)
(Con emocion.)
Luisa!... Yo... pues... yo siento...
- LUISA. Cómo? qué? Qué dice usted?...
- FERN. (Reponiéndose.)
Que voy á tomar el fresco.
(Toma su sombrero y sale precipitadamente por el foro.)

ESCENA IV.

LUISA, sola.

Huye! Cuando iba á caer
rendido á mis pies, pidiendo
perdon y gracia, prefiere
huir á enmendar su yerro.
Y lo mas triste del caso
es que creo que lo siento,
porque así hablando y hablando
he llegado á tal extremo,
que lo que empezó amor propio
es ya casi amor ajeno.

ESCENA V.

LUISA, D. TOMÁS.

TOMAS. Y Fernando?

LUISA. Hace un momento
que ha echado de aquí á correr.

TOMAS. No lo dije? Si es el hombre
mas testarudo y soez...

LUISA. No tanto, porque esa fuga
creo que puede muy bien
ocultar una derrota
y así me lo dijo él.

TOMAS. Se ha confesado vencido?

LUISA. Completamente.

TOMAS. Oh! placer!
Y arrepentido?

LUISA. No mucho.

TOMAS. Y convencido?

LUISA. No á fe,
no se ha confesado tal,
aunque no ocultaré á usted
que yo creo que lo estaba.

TOMAS. Merece usted un dosel.

LUISA. No tanto.

TOMAS. Y una corona.

LUISA. Qué exagerado es usted!

TOMAS. Ahora que ese beduino
va á dar su brazo á torcer
puedo hablar, si usted consiente
en escucharme.

LUISA. Hable usted.

TOMAS. Luisa, Luisita, esa cara,
y esa mano y ese pie,
y ese cuerpecito todo...

LUISA. Si hubiera empezado usted
por ahí, no era preciso
decir lo demas.

TOMAS. Lo sé.
Pues bien, ese cuerpecito,
que es de azúcar y de miel,

como yo soy tan goloso
me lo quisiera comer.

LUISA. Pobre de mí don Tomás,
no creí que fuera usted
antropófago.

TOMAS. Lo soy,
es decir, lo quiero ser
si usted accede...

LUISA. Á que me coma?
No, señor.

TOMAS. Me explicaré.
Usted es viuda, yo soltero,
usted me parece bien,
mucho mas que bien... y yo
qué tal le parezco á usted?

(Pasea con afectacion por la escena.)

LUISA. Don Tomás!...

TOMAS. Aunque hace tiempo
que ya su respuesta sé,
quiero oir el *sí* en sus labios.

LUISA. El *sí*?

TOMAS. Pues!... El *sí* de... de...

LUISA. Está usted deletrando?

TOMAS. Leo de corrido bien
en sus ojos, que me dicen
que la cansa la viudez
y á tomarme por esposo
se prepara...

LUISA. Diré á usted.
(Pues no es fátao que digamos.)

TOMAS. Nada, yo comprendo bien
que el rubor tiene exigencias
á que se debe acceder.
Hay un silencio elocuente,
y el que usted guarda lo es...

LUISA. Si no puedo meter baza
porque no me deja usted.

TOMAS. Yo comprendo las razones
de ese mutismo, y ya sé
que lo que ahora no me diga
me lo ha de decir despues.

LUISA. Pero don Tomás...

FERN. (Entrando por el foro) Señora?

TOMAS. Mi sobrino!

LUISA. (Aquí otra vez?)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, FERNANDO.

FERN. Señora, la profecía
se cumplió de pé á pá,
mientras no hablé con mujeres
no me pude enamorar,
pero con usted he hablado
un cuarto de hora no mas
y mi pecho es una fragua,
¿qué digo fragua? Un volcan.

TOMAS. Muchacho, qué estás diciendo?

LUISA. Déjele usted acabar.

FERN. Acabo. La adoro á usted.

TOMAS. Fernando!

FERN. Tio Tomás,
usté se tiene la culpa
de lo que pasando está.
Me trajo usted á esta casa...

TOMAS. Cierto. . Soy un animal;
y me quedo corto.

LUISA. Nunca
ví cambio mas singular.
No odiaba usté á las mujeres?

FERN. Y las odio en general,
mas no hay regla que no tenga
excepcion; y usté será
la de la mia.

TOMAS. Sobrino...
Te atreves á enamorar
á tu tia y en mis barbas?

FERN. Eh! Déjeme usted en paz.
Ni esta señora es mi tia,
ni lo fué, ni lo será.

TOMAS. Luisa, convénzale usted.

LUISA. De qué, señor don Tomás?

TOMAS. De que vamos á casarnos.

- LUISA. Que nos vamos á casar?
TOMAS. Digo... me parece...
LUISA. Yo
no le he dicho á usted...
TOMAS. Es verdad,
pero yo creí...
FERN. Pues tío
ha creído usted muy mal.
Luisa será su sobrina...
Quiere usted?... (Á Luisa.)
TOMAS. (Voy á estallar.)
LUISA. Y los ataques de nervios?
FERN. Tomará usted agua de azahar.
LUISA. Y aquel paseo diciendo:
«Esto he pescado... Mirad.»
FERN. Como son tantos, señora,
los que se dejan pescar,
todo queda reducido
á que yo sea uno mas.
LUISA. Y cuándo lloren los chicos?...
FERN. Usted me los dormirá.
LUISA. Y las nodrizas?
FERN. Se compra
viveron y estan de mas.
LUISA. Pero las mujeres son
el diablo.
FERN. Es la verdad,
mas yo quiero que me lleve
y pronto...
TOMAS. (Qué atrocidad!)
FERN. Ademias, usted es un
diablillo angelical,
si hay diablos de esta especie,
que yo ignoro si los hay.
LUISA. Pues con todo se conforma...
TOMAS. Cómo, será usted capaz?
LUISA. De casarme? Sí señor,
TOMAS. Pero, con él?
LUISA. Claro está.
FERN. Bendita sea tu boca.
LUISA. Usted me encargó tenaz, (Á D. Tomás.)
que le convirtiera, y yo

- su encargo cumplí leal.
- TOMAS. Pero hombre, y tus convicciones?
- FERN. Me resello, y soy capaz
de amarlas á todas, tanto
como antes las llegué á odiar.
- LUISA. No, mejor será que sigas
con tu regla general,
y yo sea la excepcion.
- FERN. Convenido, lo serás.
- TOMAS. Yo rabio.
- FERN. Contra la rabia
salehicha municipal.
Nos casaremos muy pronto.
- LUISA. Tienes prisa?
- FERN. Sí en verdad.
- (Besándola la mano.)
- LUISA. El autor del proverbio (Al público.)
me dió el encargo,
de que pidiera á ustedes
algun aplauso.
Dice, y me consta,
que esa es la recompensa
que él ambiciona.

FIN.

Examinada esta comedia no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 22 de Marzo de 1867.

El censor de teatros.
NARCISO S. SERRA.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

EN UN ACTO.

- POBRE IMPORTUNO...
UN TENOR, UN GALLEGO Y UN CESANTE.
— UNA COMEDIA MAS.
— NO MATEIS AL ALCALDE.
¡EL REY HA MUERTO! ¡VIVA EL REY!
— ME CONVIENE ESTA MUJER.
— DON RAMON.
— EL SOMBRERO DE MI MUJER. ¹
— POR UNA BOTA.
— EL SASTRE DEL CAMPILLO.
LA FÁBULA DE LOS DIOSSES.
EL LAUREL Y LA OLIVA.

EN TRES Ó MAS ACTOS.

- LA PIEDRA DE TOQUE.
— UN DIA EN EL GRAN MUNDO.
— MARCO SPADA.
— LA MEJOR JOYA EL HONOR.
→ LOS POBRES DE LEVITA.
— LA ÚLTIMA BATALLA.
AL IR Á LA VICARIA.
LA PRIMERA FALTA.
EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA. ¹
-

1 Zarzuela con música de D. Salvador Ruiz.



PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Guesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra.....	Manzano.	Lugo.....	Viuda de Pujol
Albacete.....	Ruiz.	Mahon	Vinent.
Alcoy.....	Martí.	Málaga.....	Taboadela.
Algeciras.....	Muro.	Idem.....	Moya.
Alicante.....	Viuda de Ibarra.	Mataró.....	Clavel.
Almería.....	Alvarez.	Murcia.....	Hered.de Andr
Avila	Lopez.	Orense.....	Perez.
Badajoz	Coronado.	Orihuela.....	Martinez Alva
Barcelona	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Idem.....	V. de Bartumens.	Oviedo.....	Martinez.
Bejar.....	Lopez Coron.	Palencia.....	Hijos de Gutier
Bilbao.....	Astuy.	Palma.....	Gelabert.
Burgos.....	Hervias.	Pamplona.....	Rios.
Cáceres.....	Valiente.	Pontevedra.....	Buceta Solla
Cádiz	Verdugo Morillas		compañia.
	y compañía.	Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Cartagena	Pedreño.	Reus.....	Prius.
Castellon.....	J. Maria de Soto.	Ronda.....	V. ^a de Gutierr
Ceuta	M. G. de la Torre.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Real.....	Acosta.	San Fernando...	Martinez.
Ciudad-Rodrigo..	Tejeda.	Sanlúcar.....	Oña.
Córdoba	Lozano.	Sta. C. de Tenerife	Poggi.
Coruña.....	Lago.	Santander.	Hernandez.
Cuenca.....	Mariana.	Santiago.....	Escribano.
Ecija.....	Giuli.	San Sebastian...	Garralda.
Ferrol... ..	Taxonera.	Segorbe.....	Gra. Campos.
Figueras	Viuda de Bosch.	Segovia.....	Salcedo.
Gerona.....	Dorca.	Sevilla.....	Alvarez y com
Gijon	Crespo y Cruz.	Soria.....	Rioja.
Granada.....	Zamora.	Talavera.....	Castro.
Guadalajara.....	Oñana.	Tarragona	Font.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Teruel.	Baquedano.
Haro	Quintana.	Toledo.....	Hernandez.
Huelva.....	Osorno é hijo.	Toro.....	Tejedor.
Huesca.....	Guillen.	Valencia.....	I. Garcia.
I. de Puerto-Rico.	J. Mestre.	Idem.....	J. Mariana y Sar
Jaen	Idalgo.	Valladolid	H. de Rodrigu
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dio
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. ^a y Geltrú.	Creus.
Lérída	Sol.	Vitoria.....	A. Juan.
Logroño.....	Brieba.	Ubeda.....	Perez.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
Lucena.....	Cabeza.	Zaragoza.....	V. de Heredia.